

EL POEMA DE LA HIJA REINTEGRADA

Domingo Moreno Jiménez

AGONÍA

I

Hija, yo no sé decirte si la muerte es buena
o si la vida es amarga;
sólo te aconsejo que despiertes, adulta de
(comprensión más que tu Padre!

II

Hija, ya no habrá oriente ni poniente para tu
porvenir:
una sábana blanca serán tus días,
una sábana blanca será tu pasado
y tu recuerdo una estrella que frente a frente
(me iluminará a porvenir!

III

No sé por qué tu agotamiento
me trae una recóndita dicha anegada en lágrimas,
que me hace amainar la pulsación de la tarde.

IV

Tu infancia y tu silencio me parecen hermanos.

V

Hija, hazme tomar la resolución de los otros:
vuelve mi proa añicos
y mi voluntad una piragua;
que nada sea mío desde hoy, que no quiera
(poseer nada mañana;
desnudo de bienes y desnudo de virtudes hazme;
sin egoísmo de lealtades y sin egoísmo de pureza;
hazme entero el milagro de darme todo a los
elementos, como si fuera en sustanciación un
increado!...

VI

Tu vida fue microscópica, pero grande;
el segundo de tu inexistir, eterno!

VII

Hija, ¡cuántas nubes, cuántos pájaros,
cuántos horizontes insospechados me abre
en el amanecer tu ruta!

VIII

Hija mía, para ti la mañana no será clara ni
(fresca; verás envuelta el alba en la noche,
y las cosas de mayor transparencia
tomarán ante tus ojos la actitud de un largo
(crepúsculo.

IX

En este mundo donde sólo se premia la
(capacidad de fingir mejor,
era justo que llegaras, y después de breves
(instantes, ya estuvieras confundida con la cal y
con la
(mariposa, con el carbón y con la piedra.

X

¡Cómo me alivianas la sombra, al advertir
(desde que te dormiste que en mí
(derredor todo es sombra!

XI

¡Oh, tú, que me enseñaste desde que naciste
a ver la vida con ojo más sabio
y a la humanidad con ojo más triste!
Triste, triste; ¿y no es acaso la suprema alegría
(de los seres mudables el ser tristes?
Triste fue la faz de la tierra cuando se
(desperezo el primer hombre.
Triste tiene que quedar la tierra cuando se
(desentuma en su regazo el último hombre!

XII

¡Oh, tú, que desde que naciste pude decir:
(boleta de la tumba!

¡Oh tú, que ya crecida pude decir, por tu
(desvalidez, la preferida mía!

XIII

Por ti quise cambiar y que la fortuna me sonriera;
y por ti no cambié y la fortuna no me sonreirá
nunca!

XIV

Hija, cada vez que examino tu vida
me doy cuenta que tú eres como mi vida:
una sombra entre dos crepúsculos!

XV

Iba a decir entre dos agotadoras auroras
y ya ves, reincidí, sin querer, entre dos (crepúscu-
los!

XVI

¿Por qué tan pura, tan casta y tan leve, te
(debas parecer al crepúsculo?

XVII

Olvidaba que toda adjetivación es cruel y ruda:
Dios dio desnudo a los hombres el verbo,
y del lenguaje, sólo debe quedar desnudo el
verbo!

XVIII

Toda filigrana de síntesis es una profanación,
¿verdad hija mía?

Ya te puedo buscar sin parcializaciones,
(sin atributo contingente:

¡serás en mi incompleto nombrar, sencillamente,
(el vaho de las cosas!

XIX

No te puedo asir con una palabra,
y no debe extrañarte, recónditamente,
porque tú estás para mí más alta que la región
(de las palabras!

XX

Y vuelvo a caer en las comparaciones.
¡Oh, hija, cuán subordinado estoy a la vida!

XXI

Miserable del hombre que osa creer que
(después de la sombra la vida es vida!

XXII

De imperfecciones se forman nuestras excelencias
y es toda la existencia del hombre un brazo
(tendido hacia el turbio por qué de los enigmas.

XXIII

—Tiene el pulso demasiado débil,
pero este letargo no es la muerte—,
Su médico era mi propia almohada de cabecera
y yo quedé perplejo ante su callado
(sufrimiento y la miseria de la vida!

XXIV

Si fuera bizzo de pensamiento
y tuviera la boca siempre llena de mentidas
(palabras;
hija, iba a blasfemar por tu dolor... pero, ¡perdona!

XXV

Compran caro el suelo donde colocan a los
(muertos y ellos son más dueños de la tierra que
los (hombres que comercian con ellos!

XXVI

¡Al través de los milenios, los hombres son
(puñados de tierra que se deforman a su antojo!

XXVII

Hija, ya me han avisado que tus pies están fríos.
Hija, resignate a que lo blanco no sea blanco
(y a que lo negro no sea negro.

XXVIII

Hija, cuánto crece el sol sobre la sombra de los
tilos, cómo se agiganta la nada sobre la soledad
(de tu aposento,
cómo nace y renace la esperanza por entre
(los ámbitos de la vida!

XXIX

— Tibien la leche terciada con agua,
para sí mi chiquitina despierta.
Cuidenmela, hasta que se vuelva esperma como
(capullo inmortal el cuidado.

Ella es carne de mi vida, flor de mi
(pensamiento, cemento de mi alma.

XXX

(Eres, amada mía, como la flor del higuero
joven,
como el azogue del crepúsculo,
como la diaphanidad
de la Naturaleza toda!)

XXXI

— No seas padre; sé hombre,
sencillamente.

¡Gira tu vista a tu derredor y que tu amor a una
abstracta Humanidad,
no te haga olvidar jamás de que eres hombre!

LA MUERTE?

1

Como quiera que las velas del ataúd
(estaban menguadas,
coji un tercer cirio
e hice trizas la niebla que levantaba una
(penumbra gris sobre su rostro.
Oprimí en mi interior «una muñeca»
y quedé por largos instantes, perplejo, con el
(cirio pegado de la mano.

2

El tercer día de su nacimiento
tuve como una clara preconciencia de su
(cercano fin;
ardía el ascua del aceite en la pieza contigua;
las hojas de un libro abierto se abanicaban leves
y un rumor de canto desvalido daba a la
(soledad trasunto de incienso.

3

La chiquillería se agita en la acera,
las máscaras pasan;
tal o cual voz vocea «huevos» o «plátanos»,
y el día está igual como el día de su nacimiento,
como el día de su muerte,
como antes de que presintiera que naciera...

4

(Para cambiar, Naturaleza, para cambiar! ¿Si
(habrás de ser hasta tu postrera extinción
madrastro del hombre?

5

La risa se me conjela en los labios
y quedo, por parco tiempo, con la vista
(perdida en las inmensidades presentes.

6

Un trazo de montaña al final de la calle,
un framboyant en su inmediación
y el hospital donde iba todas las mañanas a
(pedir una limosnita de salud para mi hija...

7

El sol caldea las tablas de mi vecindario
modesto;
la brisa fragua un nidal sobre la testa de los
(rapaces:
estamos a 23 de Julio!

8

La hora parpadea en el péndulo de un
(anoecer polvoriento;
se inicia una noche invertida en el horizonte de
(la tarde,
concluye un amanecer preestablecido en la
(clarividencia de la noche.

9

Los trasnochadores apuran, a sorbos, el café
(medio amoscado,
sobre el torrente de la sangre han caído
(algunas mostazas ariscas. Ha llorado alguien?
Se ha sentido un vajido circundar los ámbitos
(del cuarto.

El paisaje está inmóvil: todo está adherido
(con agua y harina como para un retrato!

10

Llévenla a la falda de aquella colina,
el enterrador no es estéril y señalará el sitio
(donde es más necesario regar La simiente.

11

Qué bella nube!
Qué empinada montaña!
Qué inimaginado marco de horizonte!

12

En este sitio hubiera querido haber morado tu
(padre;
reposa en él,
y que las cuentas de tu destino no lo culpen
(de haberte amado mucho!

13

Queda ahí;
tu madrina te arreglará las flores
y tu madre sigue en la casa, deshecha en
(lágrimas...

14

Déjame volver
para ver si descubro en mi peregrinación la
(huella de tu existencia en alguna parte!

EPILOGO

1

Razgué un pan y lo puse sobre la mesa sin
(probar ni bocado,
eran las diez de la mañana,
mis hijos no habían comido
y por el postigo de mi puerta runrunaba un viento.
Sentí un temblor cuando ya repartido en pedazos
hice la llamada acostumbrada a los que me
(circundan.
«Ella está ahí, dije a mis aspiraciones de verla
(viva y grande,
«en el sitio en que no puede hacer que los
(suyos se inquieten o delincan».

2

Intacta, inmóvil, sin que un átomo intente
(envanecerla,
ni un segundo pueda cambiarla!

3

La pradera ha comenzado a reverdecer con la
(reciente lluvia,
el «pío de la tarde empieza a ponerse triste
(con la noche que llega,
una piedra de niño rompe el cristal del charco
(próximo, una consumación de hombre deslíe su
negror (en el silencio.

4

Ya estoy en la aldea de Sabaneta,
en la aldea donde moró mi madre eterna dos
años;
he dejado hacer a los otros, algo que concierne
(a mi vida, a mi obra y a todos los míos;
no puedo avanzar que medito, pero tampoco
(puedo confirmar que he dejado
(las horas en suspenso.
Tengo como Oriental, un párpado medio cerrado,
y como Occidental, el pensamiento, en la
(matriz, abierto!

5

Por el cielo veo asomarse, una, dos, tres
(estrellas tétricas,
las cabañas tienen luz de gas humilde;
la sombra ha restañado la sangre del crepúsculo
y en mi pecho, la paz se ha agitado en la
(hora hasta zozobrar en el segundo!

6

En Monte Cristy, cerca a los arrecifes,
y junto a la imponente montaña vecina:
AMERICA, ESTA ANGUSTIA ME HA
(APARTADO DEL MUNDO
Y YA PUEDO DARME A TU RELIGION
(TODO ENTERO.

En el mar, la sombra de las nubes
proyectaba una interrogación, a bruscos
(intervalos.

7

(Habla el Morro, montaña de forma singular
que se halla al frente de Monte Cristy)
Presencí la desaparición de la Atlántida
y hoy extiendo la indolencia de mi carne
(cobriza junto a unas aguas que tienen del
(plomo la pesadez y del aloe la pauta.
Grito de agonía marca la ciencia en esta
(hora de crepusculización del mundo
una despereza de germinación presenta el
(arte frente a los procesos subjetivos
(de la materia cósmica.
«Ojo de cíclope», vuelca los ríos de tu
(retrospección para adentro.
Matriz de unidad, haz parir una conciencia
(unigénita al viento.

8

La mar seguía agitándose;
y las estrellas se seguían mezclando a la
(onda del mar y a la desolación de la vida.

Monte Cristy, Octubre 1933.